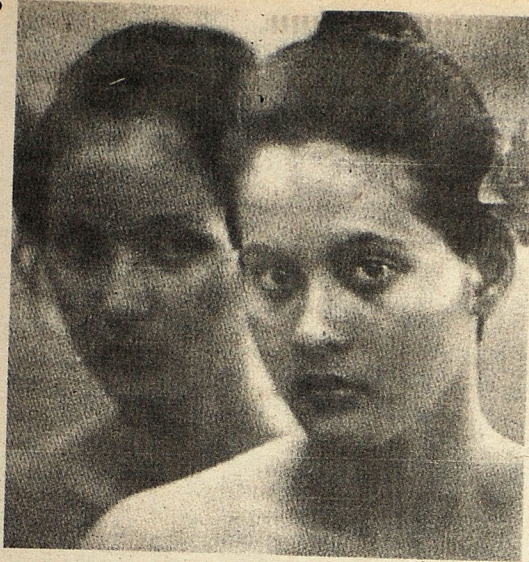




La bodega de los cristales amarillos

Estás sola, cándorosa y anciana habitación. Tienes cuatro paredes y un cielo de madera en forma de A abierta. Ya nadie se acuerda de entrar en ti. La ventana única por donde te entra la luz es de vidrios amarillos. Cuando es de tarde y que la vida termina se ponen aún más amarillos. Cuando ya nadie te visita, cuando ya nadie te habita; cuando los demás se olvidan de ti. Tú que alguna vez fuiste un cuarto importante. Cuando eras el dormitorio de Frida la falsa o de la linda y epiléptica Marta. Ellas se fueron con sus perfumes, sus escandalosos cosméticos y sus baratijas de vulgar bisutería. Todos se han ido. Se fueron y esfumaron las joyas de fantasía. Frida lució un anillo de brillantes. El único de valor que tuvo en su perra-vida. Pero lo perdió. O lo vendió donde el joyero de la esquina para comprarse unos vestidos nuevos. Marta se golpeó muchas veces en tus paredes cuando tambaleaba y caía por los estertores de la enfermedad. Marta tenía los ojos color violeta y siempre traía flores para adornar su cara. Demasiadas flores. Rames de geranios, de margaritas, de claveles, de rosas, de jacintos y los ponía

alrededor de su lecho, y después se acostaba livida; como si estuviera muerta. Porque ella pensaba que un día de tantos moriría. Sin pensar que todos eramos iguales; que todos reposábamos igual en lechos de muerte y de perfumes penetrantes.

Pero ellas se fueron. Frida y Marta se fueron, se perdieron en el tiempo, se metieron en la tierra, en la espesura; se fueron con su música y sus trinos a otro lugar. Quizás un lugar muy apartado.

Y luego, los demás también se fueron. Hoy hay una librería al extremo, un teléfono que no suena; no porque esté arruinado sino porque nadie llama y cuando llaman no hay quien lo conteste.

Ya nadie te visita, vieja habitación, porque todos te olvidaron. Porque nadie te da importancia; porque nadie te habita y te ocupa. Porque ya nadie te llena con su vida o con su muerte. Hay goteras en el techo. Y tus paredes están verdes de humedad y de olvido. Los demás cuartos de la casa en cambio tienen huéspedes. Hay ocho o diez habitaciones más. En una vive un médico anciano expulsado por-

que llegó ebrio a una cirugía y asesinó al enfermo cuando le temblaba el pulso. En los otros viven estudiantes, empleados, una viuda amargada por el recuerdo; gente que ni se cruza palabra entre sí.

No se acuerdan de ti, ni de pasar una escoba en tu piso arruinado. Mejor han puesto candado a la puerta para que nadie entre y para que no seas un estorbo, ni una carga más. Eres una parte de la casa que ha muerto. O que mató el olvido por pestilente y por albergar en ti tantos recuerdos. Dirás por qué entro y perturbo tu silencio y tu paz de cripta. Te he alquilado como bodega. Para guardar cajas de madera. Pero me das pena. En un extremo hay un espejo borroso, pues está en ruinas y asoman por él nada más que caras destruidas y absurdas.

Eres asilo de tiempos perdidos, refugio de los ecos que extraviaron los días, horas, meses. Cuando la muerte y la vida apartaban por los pasillos de la casa, ciegas en la noche, tropezando con los muebles, con las puertas y paredes.

Frida se cortó las venas mientras un canario amanecía en la ventana que daba a los rosales y al sol amarillo sobre la tapia de hiedra. Bajo tu puerta se acumularon las cartas de amor que ella ya no pudo leer porque prefirió irse en tren a su pueblo natal.

Cartas y pájaros se fueron volando, cuando Marta echaba a perder las veladas de amor con sus aparatosos ataques. Rompía botellas de licor de mosto o del de caña; dejaba caer toda cosa de vidrio que tuviera en sus manos; su misma vida, su misma dicha como pájaro de cristalería cayó de sus manos pálidas, heladas y sin sangre, despreciando los incendios del tropico, sus vitales estaciones.

Hoy estás vacía y desierta habitación. Serás bodega, quién sabe por cuánto tiempo, pero mañana te demolerán. Y serás ripo y piedras y escombros nada más y te destruirás en el tiempo como un juego, como un castillo de aire. Serás promontorios de ripo, de ripio enamorado y se harán anicos tus cristales amarillos, porque cuando todos te dejaron, cuando todos se fueron empezaste también a extinguirte habitación. Habitación anciana y cándorosa. Y Frida la falsa se reirá entre los espelismos borracha de locura, de vino amarillo y de estrellas. Y también Marta, como se rien los muertos, aquellos que la vida cubrió de luz amarilla y de vanaos perfumes...

Por Carlos Balaguer

Desde España

El Antimuseo de Ramón, Cerrado

Por Juan Antonio Cabezas

MADRID.— De la casi docena de Ramones egregios que figuran en la nómina de nuestras letras más ilustres, solo Ramón Gómez de la Serna consiguió "ramonear" definitivamente su patronímico hasta saturarlo de esencialidades onomásticas. A golpe de limpia greguería —lirica estrofa en prosa pura—, el "último tostado" madrileño, que superó todos los tópicos del casticismo sainetesco, consiguió eliminar de su firma los propios apellidos y quedarse con el mundo y lirondo RAMON, escrito entéricamente con mayúsculas.

Recuerdo la llegada a Madrid desde Buenos Aires (12 de enero de 1963) de los restos mortales de Ramón Gómez de la Serna. Y su traslado, aquella tarde de lluvia, ya con la tardía póstuma Medalla de Madrid, prendida en el ataúd, desde la cripta de la Almudena hasta uno de esos huertos de cruces y cipreses, en la empinada orilla derecha —orilla de eternidad del Manzanares (vulgo Sacramental)—, que convierte el madrileño "aprendiz de río, en mitológico y olvidadizo Leteo". Ramón iba a descansar y olvidar, bajo el sol carabanchelero, a la vista del perfil goyesco y eterno de su Madrid. Auténtico protagonista ya, de su magistral "Automoribundia".

Unos meses después llegaba a Madrid su despacho-biblioteca bonaerense. Su curioso y alucinante antimuseo. Segunda edición o versión transatlántica, de aquel rastro particular, de que se rodeara en sus años juveniles, en el alto torreón de la Calle de Velázquez. Me consta que se utilizaron muy sofisticadas técnicas y mas de diez millones de pesetas municipales, de los años sesenta, para el rescate y traslado a Madrid de las "ramonerías" reunidas en la capital del Plata —"collage" existencial y superrealista— que rodeó las últimas etapas de la vida bonaerense del singular y esencial escritor madrileño. Aquellos muebles y paredes empapelados de estampas en huecocolor y la gran cantidad de inverosímiles cachivaches, además de libros y objetos de arte, constituyen el que denominó Antimuseo de Ramón: porque me parecen cosas vivas, que están allí como a la espera de que llegue él y convierta cada cosa en tema de una nueva greguería.

Algún tiempo después, el antimuseo o estudio-rastro de Ramón, quedó provisionalmente instalado en una dependencia municipal de la Casa de Carnicería, en la Plaza Mayor. Hace tiempo se habló de instalar las "cosas" de Ramón, en uno de los torreones del Museo Municipal de la Calle de Fuencarral. Sería el lógico destino de Ramón, a quien siempre le atraerón los torreones para asomarse a los tejados de Madrid, no para sorprender íntimos pecados de vecindad, como el "Diablo Cojuelo", sino para ver como los primeros hilos de oro del alba, se enhebran cada mañana en los arcos neoclásicos de la Puerta de Alcalá.

Ya había dicho el catedrático Lafuente Ferrari que Ramón era el Picasso de la literatura contemporánea. Y es que, sin necesidad de abatir los Pirineos —según la intención de Luis XIV—, este Madrid de ahora, con exceso de tráfico, doradas piquetas de especulación urbana y negra boina de contaminación atmosférica, tan pronto como deja de soplar el Guadarrama, suele poner en orbita, no del espacio sino de la historia, sin necesidad de satélites electrónicos, a un madrileño o madrilenizado universal: un Cervantes, un Lope, un Quevedo, un Goya, un Ortega, un Ramón. Uno de esos monstruos de la naturaleza. Y en este caso la palabra "monstruo" quiere decir prodigio.

Se habló en reiteradas ocasiones del Antimuseo de Ramón, sobre el que el poeta Gerardo Manrique de Lara contó a los ramonianos reunidos en su aniversario, la siguiente anécdota. Un día se acercó a la primera planta de la Casa de Carnicería, con intención de visitar el despacho bonaerense de Ramón. Al ver cerca de la puerta a un conserje, que al parecer tenía las llaves, le dijo: "Deseo ver el Museo de Ramón —le dijo al funcionario— a lo que este contesto sin vacilar: "...Don Ramón? Acaba de salir". Yo puedo dar fe de las dificultades que es necesario vencer para entrar en el "sacra-sanctorum" del ramonismo, del escritor madrileño y universal, que continúa siendo el escritor de las "inmensas minorías", que dijo Juan Ramón Jiménez.

Al final de aquella cena ramoniana habló, después del organizador Rafael Flórez, el editor José Ruiz Castillo, hijo del editor del 98, del mismo nombre y apellido, fundador de la editorial Biblioteca Nueva, la que publicó a "fondo perdido" las primeras e inencontrables ediciones de Baroja, Valle-Inclán, Miro y el propio Ramón. De aquellas ediciones solía decir Ramón Gómez de la Serna: "Yo de los libros no tengo queja. Al contrario. Les envío cuarenta ejemplares de un libro y siempre me devuelven cincuenta".

Espereemos que el democrático Ayuntamiento, reinstale el Antimuseo de Ramón y que las agencias de turismo lo incluyan en el programa de la "Visita a Madrid".

Filosofía,
Arte
y
Letras